

bello, de lo que aquella presenta, el artista ve el tipo real y, con los vuelos de la imaginación, completa la línea y el colorido que más se acercan á lo perfecto. De este poder creador y no imitativo, nace el artista, y por esto es exacta cuanto sublime y grande la definición de Bacon: *Homo additus naturæ*.

Encontrar la verdad dentro del infinito campo de lo ideal, es tanto más difícil, cuanto más en la obra humana tenga participación la facultad imaginativa, y aunque ésta no influyera de modo muy directo, el temperamento del artista y el instante psicológico en que concibe ó trabaja, modificarían la percepción artística. El alma, según su estado, así refleja las sensaciones del mundo exterior, como el árbol que proyecta su sombra, siempre distinta, siempre afectando diversa forma, según varía la posición del foco luminoso que con sus rayos lo hiere.

«El arte y la vida—dice un escritor mexicano—lo mismo entonces que en los tiempos de los vates helenos que imitaban Horacio y Virgilio; lo mismo hoy que mañana, serán risueños para el alegre, y dolientes para el triste.

El estado de ánimo refluirá eternamente en las obras del artista. En vano es buscar la causa que hace del genio un creador, bien sea una facultad de videncia del espíritu, bien una sensibilidad exagerada en la que tiene participación directa é inmediata la organización física, una verdadera enfermedad según la ciencia, un estado patológico: la *neurosis*; de todos modos, el estado morboso del artista, su temperamento, su estado psicológico y la influencia del medio, dejarán en la obra emprendida su sello particular, distinto y claro.

El medio, esa fuerza tiránica y educativa en determinado sentido; oleaje que nos rodea y azota incessantemente, que modifica nuestras naturales tendencias y que, á manera de la ola que desgasta pausada y acariciadora el peñón obscuro, acaso aborto plutoniano, transformando su primitiva y tosca forma, labra en nuestro carácter algo que va de acuerdo con la corriente de sentimientos y pasiones que informan los actos de los demás.

Así se explica la uniformidad de cabezas, de líneas, de rasgos, en las estatuas á las que vida dió, é inmortal por cierto, el cincel del arte griego. Los escultores helenos tenían la severidad del semblante como signo indispensable de la belleza. Era la majestad olímpica la que reflejaba el artista en aquellos mármoles que perduran á través de los siglos, como desafiando, con la gloria de su triunfante belleza, la devastadora acción de esa eterna y misteriosa caravana de horas, que cruza como el Olvido, indiferente, é implacable como el Destino, por la clepsidra de los tiempos.

La evolución en arte, como en todos los órdenes que á la vida moral y física se refieren, es ineludible, por más que como Campoamor afirma, el arte sea una colina á la que se sube por un lado para bajar por el opuesto y volver á ascender por el primero.

El espíritu artístico actual, busca ansioso el molde nuevo, sin abandonar del todo el reverente culto á la plástica antigua; pero haciendo siempre palpitar en la creación modernísima, las sensaciones características que hieren el espíritu en nuestros días, y la expresión y la manera de ser de la humanidad, llevada de victoria en victoria por los avances del siglo.

Por más que los moldes del arte pagano hayan sido únicos, y las creaciones del genio en la tierra que amó Byron, incopiables, el progreso llevará sin duda el arte á quien sabe qué esplendorosa é ignorada cima. No debemos dolernos, como Alfredo de Musset, de haber llegado demasiado tarde y sí deplorar nuestro advenimiento prematuro.

El armonioso heleno, como le llamó Víctor Hugo, decía: « El bronce es héroe. » Parece que fué destinado para encarnar atletas, para presentar ante las multitudes las cabezas laureadas de los vencedores y de los mártires; para que fueran cinceladas en él, con líneas austeras y nobles, frentes pensadoras y glorificadas, para que en él se fundieran las águilas bravas y las cuadrigas olímpicas.

«Yo era Júpiter, Marte, Palas, Eros;
Duraba tanto como un verso heroico
Del gran Esquilo y para el noble griego
Era la carne del hermoso Aquiles.
Ese pueblo divino de ojos llenos
De caridad sublime, honraba amante
Mi alta virginidad, mi obscuro cuerpo.
El leñador de Esparta no miraba
Mi rostro sin alzarse alto y soberbio;
Fuí de tal modo el alma de la villa
Que «libertad» clamaba el pequeñuelo.»

Grito augusto y soberbio del bronce, que hoy al caer rojo y deslumbrante en el molde, halla casi siempre la raquílica figura de un usurpador de gloria, raquílica no sólo por los méritos ante la Historia, bien discutibles por cierto, del hombre hecho bronce, sí que también por las dimensiones y la corrección artística de la estatua.

Pasad, como el « Duque Job » el inolvidable, por esa calzada de la Reforma y, con raras excepciones, reiréis al contemplar la galería de estatuas que, para oprobio del buen gusto, comienza con los monstruosos atletas aztecas; reiréis del arte y del bronce.

Y no, no es que en México no haya escultores capaces y con mucho; es que éstos están educados en una enseñanza deficiente; los maestros repugnan todo aquello que de modernismo tenga apariencias, todo lo que tienda á salir de un arcaísmo del peor gusto, y esos jóvenes que de tan valiente manera se iniciarían en altas y verdaderas obras de arte, permanecen cohibidos, por más que el acicate de la inspiración más genial, los impulse y levante. Sin ambiente libre que respirar, sin modelos, y sin la emulación que hace perseverar y esforzarse al artista, no podrán ser sino lo que son, escultores mediocres, por el medio, ese círculo férreo que á veces encadena al genio.

Encerrad al águila en la jaula, y cuando alguna vez sea de nuevo dueña del espacio y aspire las auras de la libertad, con las heridas alas que azotó entre los hierros, sin fuerzas ya y sin brío, no podrá levantarse, si acaso no es que se olvide de volar; que la servidumbre, sea cual fuere, deprime y también envilece.

¿Cómo explicarse ese conservantismo que se opone á lo nuevo? ¿Es acaso el horror al mañana, que debe destruir lo de hoy, que á su vez pasa sobre las ruinas del ayer? Las grandes ideas, los nuevos principios que iluminan el camino que recorremos, el progreso, imponiéndose majestuosamente, la perfectibilidad, que se desposa con el espíritu moderno, la fraternidad humana, que nos hace comulgar ante las mismas aras y con la misma hostia, la libertad, que desata los yugos y barrena y destruye añejas preocupaciones, todos esos vientos que acarician ó azotan tempestuosos nuestra frente, reclaman nuevos altares, nuevas plegarias, nuevas adoraciones, en el templo del arte. Los fetiches conservados en los polvosos rincones, deben caer, porque su culto es enojoso y paralizador. Ya á la puerta se agrupan entusiastas y ansiosos los rientes esebos que saludan y cantan á la aurora y saben reverenciar á los viejos y hermosos Dioses.

Yo exclamaré como Pérez Galdós: